

Cuestión de vocaciones

A nadie le gusta descubrir que sus papeles personales han sido hurgados por un ser desconocido. Es como sentir unos dedos fríos en la más recóndita e inaccesible intimidad del cuerpo. Hay huellas casi imperceptibles en las hojas que he garabateado con los nombres de Berta y Desideria por todas partes. Una presencia invisible. La persona que las revisó tuvo buen cuidado de acomodar el cuaderno tal como yo lo dejé la última vez pero no tomó en cuenta que sus manos –a pesar suyo– impregnaron mis posesiones con un leve perfume. Sonríe. Debe ser Margarita quien, sin confesarlo, siente celos de Berta y Desideria. O tal vez la nueva muchacha, Hilaria; también se roba, como lo hace Margarita, el perfume que mi madre acomoda ingenua, después de usarlo, en su tocador todas las mañanas. La única que queda fuera de mis sospechas es mi madrecita santa, para quien los deberes morales corren parejos de las buenas costumbres y el respeto intachable y profundo hacia las pertenencias de sus dos hijos: Margarita y yo.

Pero no puedo hacer nada. Si acuso a Margarita, mi madre no tendrá empacho en inventar una excusa para salvaguardar el buen nombre y la reputación de mi hermana. Dirá que invento historias. Ya bastante ha sufrido Margarita –aducirá mi madre. Tienes la obligación –tú más que cualquier otra persona en el mundo– de condescender a sus deseos, de acogerla en tu comprensión, de perdonarla si cometiese un yerro. Margarita –según mamá– es un ser desvalido, desgraciado y desangelado, aunque jamás nuestra progenitora exprese la imagen tripartita con estas mismas palabras. Por lo demás, soy el hermano menor. Margarita me lleva fácilmente siete años y ciertamente ha sufrido más que cualquier otra muchacha de su edad. No se le olvida el percance. A veces, por la noche, gime. Escucho sus extrañas quejas –como de animal solitario– y adivino cómo mi madre se desplaza hasta su recámara para consolarla. Podría yo añadir que si su novio se mató en la motocicleta no fue culpa de ella ni mía ni de nadie. Mucho menos de él. El chavo era trabajador, carita y buena onda. Estaban muy enamorados y a punto de casarse. Pero en el último de los casos, ¿qué tendría que ver todo esto con el hecho de que a Margarita le guste saber qué pienso, sueño o escribo acerca de las mujeres? ¿Qué relación tiene su curiosidad con la trágica faz de sus agobios y recuerdos? Por lo visto al chavo no le dio tiempo de...

Tampoco debo ensañarme con la nueva sirvienta. Es un triunfo que haya permanecido más de dos meses en nuestra

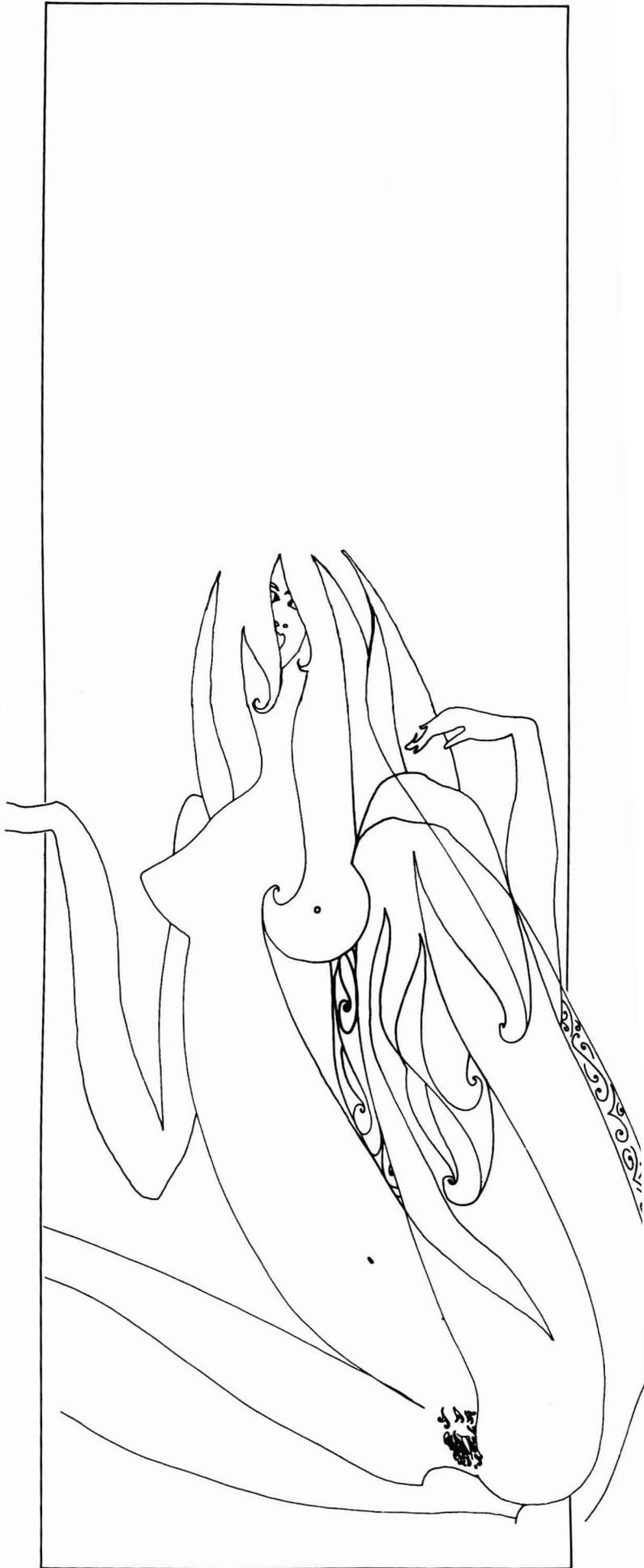
casa. Mi madre tiene la costumbre de hacerlas huir apenas cumplen tres semanas de servicios. Y después, que si son unas flojas sin remedio, que si son unas malagradecidas, etcétera. Prefiero que Hilaria se regodee con las escenas que imagino y vivo con Berta y Desideria –a veces estamos los tres al mismo tiempo– para que vaya aprendiendo poses, ritmos, secuencias del cuerpo o de las partes de él, posturas, combinaciones. La improvisación es mi elemento; aun cuando Desideria resulta bastante inhibida, a la hora de la hora mis manos y algún cuchicheo junto al oído –mordiéndole la orejita suavemente– la convencen de que en la cama todo se vale. Cualquier cosa se puede hacer si uno sabe hacerla. Así la hice razonar cuando Berta esperaba en el otro cuarto, impaciente, para entrar en el juego. Para los castos oídos de Hilaria, lo que cuento en mis apuntes se convertirá en un pecado descomunal, un episodio del Infierno. Y se morirá de ganas. Más se merece –quien sepa andar leyendo lo que no debe. O tal vez quiera realizar conmigo el consabido himeneo...

Lo curioso es que yo me divierte tanto relatando pormenores de mi vida secreta e incluso trazando uno que otro dibujo. A veces descubro que son las tres y media de la mañana y decido al fin meterme en la cama –no se vaya a dar cuenta mi madre, por el reflejo de la luz de mi lámpara en su ventana– y se me arma la de San Quintín. La pobre se preocupa mucho –demasiado– por mi salud. Pero es que el impulso es más fuerte que yo. ¿Por qué no contentarme con vivir las susodichas situaciones? No sé cómo Berta y Desideria no se cansan de mí. Ni cómo un buen día me delatan ante las autoridades superiores –alguna amiga o sus padres o sencillamente mi hermana Margarita. Lo que pasa es que al acusarme se convertirían en acusadas, ya que son tan culpables o más culpables que yo. Porque, pues, sencillamente: me encantan las dos chavas. Y como a ellas les encanta el cuchicuchi... Tengo batería para las dos. Y a decir verdad ellas también tienen suficiente energía para... cada uno de nosotros. Es un lío, no cabe duda. Pero yo me entiendo. Y tal vez perpetro estos documentos para que no guarde yo la menor duda, rencor o descripción técnica. Nada sale sobrando. Con los apuntes aprendo un chorro. Aprendo, acomodo y recapacito. Algún día les mostraré los papeles a Berta y a Desideria. Primero a Desideria porque es la más razonadora, la más intelectual de los tres. Luego a Berta. Les diré que en estas cuestiones es bueno llevar siempre un registro. Ellas deberían hacerlo. Por aquello de la

inventiva y la creatividad... que tienden a perderse, a extinguirse. La posteridad merece nuestras mejores intenciones. Lástima que en este asunto de ser un artista notable en la cama, no operen, en lo más mínimo, los procedimientos legales para el registro de derechos de autor. Sobre todo en estos tiempos en los que la gente tiene tanto que aprender.

Aparte de la felicidad de tener dos amiguitas tan dulces y perniciosas como Berta y Desideria –junto a ellas mi hermana resulta una monja, y de las mojigatas–, me sacude la dicha de ser “el hombre de la casa”. Mi padre no se aparece por aquí ni pa’ remedio. Según mi madre desapareció de nuestra vista desde hace muchos años. Además, no tengo anotada ninguna ficha, descripción o experiencia que se refiera a eso: mi padre. A veces creo que mi madre tampoco tuvo el cuidado de apuntar con quién lo hacía, de manera que ni mi hermana ni yo pudimos alcanzar el derecho de colocarnos bajo el ala protectora de un ser cristiano, real y benevolente que asumiera la paternidad de nosotros. Mi padre –pienso a veces– es una imagen inventada por mi madre. Para salir del apuro, ya que siendo tan púdica y decente... En fin: me huele que mi padre hizo exactamente aquello del cuento: dijo que salía un instante a comprar cigarros y jamás regresó. Pero ni modo de preguntárselo a mi madre: estallaría en tremendas exclamaciones en torno a qué me creo yo, desalmado, ¿acaso soy una cualquiera?, etcétera. Pero si tan siquiera tuviéramos una fotografía paterna en la sala... nos azuzaría la inventiva, los sueños, qué sé yo. La única pista que mi madre proporciona de vez en cuando se refiere a ciertos parientes por parte de padre que se hallan en alguna ciudad de la República. Tienen dinero. Pero no concede más. Así que yo, gustoso con mi harem, tampoco intento demasiadas incursiones en la indagación del paradero de mi –o nuestro– padre porque el hechizo podría extinguirse ante una realidad inconveniente: gángster, lechero, funcionario, maricón o narcotraficante.

Tampoco quiero entrar en demasiadas aclaraciones con Margarita. Ella debe saber más cosas acerca de mi padre que las demás personas a mi alcance porque no sólo es la hija, la mujercita, la preferida de mi madre; también es la confidente. Ambas vetarras –creen– me han educado. Es obvio que las mujeres pueden detestarse entre sí pero de alguna manera establecen alianzas bastante funcionales y fructíferas, sobre todo cuando se trata de salvaguardar la estabilidad familiar y el buen nombre de la entidad. O cuando quieren acabar con un varón, domeñarlo a huevo. A veces siento que no puedo entender a Margarita y que jamás lo lograré. Mi hermana parece un ser inteligente, razonador, astuto y confiable cuando me acerco a ella y la convengo de que sea mi cómplice. Si la hago participar en algo, en cualquier cosa, en la experiencia más inocua e inútil del mundo, proclama en seguida que somos los hermanos más unidos, felices y operativos de la existencia. Pero cuando se descubre aislada, sobre todo cuando yo tomo la saludable decisión de vivir mi vida, entonces Margarita arde en celos, levita, se desgañita, confunde y se convierte en un ser conflictivo, malhumorado, incomprensible. Agua que se le escurre por los dedos. No se detiene en su labor de zapa: maldice e inventa, trastorna y agrede. No tolera a mis féminas amigas. Se vuelve una verdadera fiera. Increpa. Me acusa de



grosero y malviviente. Se manifiesta enemiga número uno de este pobre servidor, del que esto escribe. No la aguanta ni su sombra. Ni mi madre. Mucho menos yo.

Cualquiera podrá entender, entonces, si llegara a leer estas líneas, que el arte de la escritura es, con creces, mi único tranquilizante. Ante la presencia de tal número de viejas sencillamente me vuelvo creativo. Se trata de un arte, como bien puede verse, que surge de la evasión; no lo hago para buscar fama ni fortuna. Porque a decir verdad, mi vocación se halla referida a las tablas, la farándula, el espectáculo. En una palabra: a la actuación. Soy lo suficientemente carita y narciso como para saber que sí la hago. No faltaba más. En realidad, escribo porque me encuentro solo en una selva femenina, rodeado de fieras y serpientes, monstruos con piel y disfraces de corderas y corderitas. Si no fuera porque en el fondo me divierto un chorro y además porque jamás pierdo el sentido del humor, ya me hubiera largado de la casa. Ah: y otra de mis cualidades: resguardo mi lucidez, mi capacidad de análisis. ¿A dónde hubiera ido a dar sin la salvaguarda de mi enorme, profunda, extraña habilidad para procesar, sin tapujos, prejuicios ni dilaciones todo lo que ocurre a mi alrededor, así como la actitud de todo ser humano que se acerca a mi personaje inolvidable –yo–, a mi modesta existencia? No puedo negarlo: este *Diario* viene a ser simultáneamente el venero de mis talentos, la crónica de mis desaguados y mi diversión favorita. Tal vez pura trivía, dirá alguien algún día. Pero en fin, ya quisieran los novelistas de hoy en día y tal vez otros más, todavía un tanto cuanto serieticos y más jóvenes que los de la onda. Mi *Diario*, según releo, no es poca cosa. Con respecto a lo último compite –y lleva todas las de ganar– con las verdaderas “peleas” que realizo con Berta y Desideria en el estrecho lecho de mi cohecho, el rincón más oscuro y primoroso de mi recámara. Porque las actividades eróticas y la escritura se me dan sin más, por la buena, sin obstáculos, como agua, tranquilamente, de manera natural, espontánea y agradable. ¿Y por qué no hacerle caso a las vocaciones? Al fin la única que se asustará será la subrepticia que inicia con prisa la revisión de mis privacidades.

El perfume que percibo al leer estas líneas lleva el nombre de *Rosas del estío*. La primera botellita la detecté en el tocador de mi madre –que, por cierto, a su vez se llama Sandra–; se la había regalado su eterna, fiel amiga Elena, una señora bastante madura pero muy, muy bien conservada (como que no tiene otra cosa que hacer que andarse conservando mediante operaciones quirúrgicas carísimas, inyecciones peligrosísimas, procesos extravagantes). Elena llegó con el frasquito de *Rosas del estío* el 12 de diciembre del año pasado para rendirle pleitesía a Sandra porque es –asegura Sandra– el día de su cumpleaños. Qué se me hace que en su acta de nacimiento, que mi madre jamás ha querido mostrar, dice con todas sus letras: Guadalupe. Eso de Sandra se lo ha de haber inventado más tarde, a causa de los vejámenes de la existencia. Edades a la enésima potencia, las de ambas, Sandra y Elena. Me llamó la atención lo de *Rosas del estío* por aquello de *Rosas los del tío* o *Rosas lo muy mío*, etcétera, cuestión que hizo reír a mis cuates durante unos buenos cuarenta minutos. Pero, ¿a quién chingaos se le ocurrió ponerle ese nombre al perfumito? ¿Acaso al

flaco de oro? Aparte de la reseña con mis amigos, aproveché la hechizante esencia para coquetearle a Elena, haciéndole que me pusiera un poco en el cuello y luego lo oliera. Me echó el rollo –al mismo tiempo que me acercaba la boca y me toqueaba– que mi piel era tan lozana que bien podía tolerar todas las esencias y olores. Por poco le doy un beso a la buena jamonsoná y le pescoteo un pezón, que buena falta le hace. Aunque jamás me imaginé que las famosas *Rosas del estío* se impregnarían tanto a mi vida, ya que se han adherido incluso a estas páginas tan, tan personales e íntimas. Por lo que toca al perfumito, ni qué decir que le diserté a Elena –y después a mis cuates– que era un producto unisex. Porque si existen tantas marcas, modos, combinaciones para las mujeres y otros muchos para los hombres, ¿por qué no generalizar el género, desparramar las oportunidades y declarar a todos los perfumes, aguas olorosas, de baño y similares productos al alcance de todos los sexos y edades?

Lo único malo con respecto al susodicho olor se refiere a que cuando uno es bendito entre las mujeres, las muy canijas diluyen sus culpas en perfumitos y aun sin saberlo se vuelven cómplices, como si pertenecieran a una muy bien equipada banda de forajidas. Soy la víctima, no cabe la menor duda. Porque, a pesar de sus apapachos, nada de lo mío se salva de sus incursiones, acosos, envidias y coqueterías. Todas y cada una parecen poseer un plan bien definido con relación a mi humilde persona. Crean que les pertenezco en cuerpo y alma. Hasta mis documentos, guardados con tanto celo, pueden hallarse, a la menor provocación, en sus manos, ante sus ojos. Mi escritura, por lo visto, sí es unisex, apta para cualesquiera pares de ojos. Los cualesquiera de ellas. Y me imagino –esa es mi única venganza– la cara de extrañeza que pondrá la que ya se haya atrevido. Si es la mismísima Sandra, allá ella. Puedes ir con el chisme y platicarle a la dulce Elena mis convicciones acerca de sus jadeantes empeños. O si Margarita, pues tú tendrás la culpa, mamacita, toda vez que no tienes ningún derecho a andártela jalando –digo la chichi– con cosas que le incumben sólo a éste, su servilleta. O bien, si Hilaria, aquí yace por escrito una proposición descomunal: encuérate y ya verás. Hasta Berta y Desideria se quedarían pasmadas con la sorprecita...

En fin, que todo esto carece de importancia si se entiende que sufro personalmente una de las más grandes crisis de mi biografía: ¿qué hacer, a quién acudir? Soy actor pero no tengo donde actuar. Y frente a este enormísimo problema ninguna de mis mujeres puede ayudarme. Antes bien, se aprovecharían de la “coyuntura” para lograr un papelito para ellas. Nadie puede auxiliarme porque se trata de la razón fundamental de mi estancia en esta tierra de pecadores: mi vocación. ¿Qué será de mi vida considerando que el trabajo es la realización del hombre y la realización su más caro y válido apuntamiento sobre el orbe? Deseo ser payaso, galán, saltimbanqui, cómico de la legua, cantante. Nunca he querido pensar en lo que realmente amo: fornicar –con auxilio, naturalmente, de la contraparte–, actuar y escribir, aunque sea este *Diario*. En el mismo orden de importancia. ¿A qué preclaros parajes pueden conducirme estas inclinaciones? ¿Bastan el erotismo y las letras para sentirse fuera de peligro? Lo dudo. Y todo lo que me

rodea y quienquiera que me aconseja me lo repite, casi al oído, constantemente: ¿crees que tienes algún futuro? En realidad, mi primera inclinación se halla bien fundamentada en el tamaño de mi verga y en mis fogosos e inquietos, permanentes desvelos. Pero alcanzar el estrellato histriónico es otra cosa: necesitaré oportunidades para lucir mi talento y mi figura; y después, si bien me va, me veré obligado a escalar la interminable, altísima escalera de la fama. Por ello mi actividad cultural más agradable y segura sigue siendo, hasta el momento, la elaboración de estas páginas, toda vez que yo solo y mi candorosa alma –sin la necesaria presencia, sin el auxilio de nadie más– nos las ingeniamos para definirnos, defendernos, desfogarnos: para crear. Aunque, a decir verdad, no debo creermelo tan seguro y tan chingón. Esta curiosa sociedad en la que vivimos le puede dar el batacazo a cualquiera. Sin miramientos. El día menos pensado y de la manera más inesperada. Y es que no creo que en este pueblo mexicano pueda o deba justifi-

carme –en la primera parte de mis actividades favoritas– el poseer un miembro bastante aceptable y de buen tamaño. Eso ayuda, lo sabe todo el mundo. Es como una credencial que puede abrir puertas y suscitar respeto. O qué, ¿no todos los mexicanos miramos de reojo, comparativamente, el tamaño de nuestros congéneres en los mingitorios? Tampoco que se deban despreciar mis aficiones literarias, toda vez que en sentándome yo a la mesa y poniendo la cuartilla en el rodillo para llenarla de letras, me acaece una muy noble y leal obsesión por decir cosas y describirlas y razonar al unísono que pongo las palabras y las frases sobre el papel. Pero es que en esta sociedad, tan echada a perder y hasta jodida, estos menesteres sólo conducen al más infeliz de los proxenetismos y a la más ingenua de las fintas, ya que las oportunidades, como el capital y la propiedad, se hallan concentradas en unas cuantas manos. Ni el sexo hecho a fondo y con esmero ni la escritura hecha con ídem e ídem pueden garantizar una considerable ha-



cienda. Todo por culpa de las llamadas profesiones liberales y las carreras y ocupaciones ilícitas. Por allí dicen que la mayoría de la población activa mexicana deja de pagar impuestos. Y que aquello de las actividades no registradas es un hecho en México.

Elena tiene buen busto y es jovial. Sus manos, muy bien arregladas, comienzan a tener pecas cafés. Le lleva algunos años a mi mamá y por tanto a veces se comporta como una hermana mayor y otras como una protectora casi madre. Se ve a leguas que Sandra le cuenta todos sus problemas –reales e inventados– y por la manera de mirarme y de hablarme colijo que doña Elena se halla al tanto –por boca de Sandra– de la mayor parte de mis andanzas, pujanzas y semblanzas con las mujeres. Qué mucho o poco sabe de que me agasajo con dos chavas simultáneamente, no lo sé. Pero desde que el famoso olorcito de *Rosas del estío* impregna mis textos íntimos me mira Elena de una manera distinta, como si se le antojaran mis modestos servicios: quihubo, muchachón, cómo van esas agitas tareas; órale, a ver si me invitas un día de estos, siquiera al cine; dónde te anduviste metiendo últimamente... y todo me lo dice Elena cuidando con el rabillo del ojo de que mi mamá se encuentre ocupada en la cocina o hablando por teléfono. En fin, yo no tengo ningún inconveniente en echarle una manita a Elena pero desde luego debe hacerme la lucha, no soy facilote ni de la calle. Qué caray.

Ayer entró Elena a mi recámara cuando leía yo una novelita rosa –entretienen como nada porque todos los personajes, hasta el perro, sufren lo indecible– y se me quedó viendo. Yo estaba tendido sobre el lecho, simulando un muerto, embebido en la trama idiota del libro y por un buen rato me hice buey fingiendo que no me daba cuenta de su contemplación. Al fin, acercándose a la cama me saludó y nos enfrascamos en una vana conversación sobre el hábito de la lectura. Elena adujo razones y sinrazones. Yo la miraba desde abajo y me pareció buenisima. Y de tan seria, por poco le creo que posee el hábito de leer buenas obras –eso dijo. Pero cuando estiré el brazo para agarrarle la mano, entonces se puso a caminar por el cuarto, hizo comentarios sobre la limpieza y qué bueno que yo soy ordenado y que mi mamá me adora y que un hombre joven debe saber “levantar” su habitat, etcétera. Cuando descubrió mis calcetines tirados dijo que qué lástima. Bueno, nadie es perfecto. Me levanté apresurado y aventé los calcetines en la papelera. ¿Qué haces?, preguntó. Pues tirarlos, ¿qué otra cosa? ¿Cómo? Pues, sí, porque ya tienen dos o tres agujerillos por ahí y mi amá no remienda calcetines ni yendo a bailar a Chalma. Entonces, bien modosita, Elena sacó los calcetines del cesto y se acercó y me transmitió un consejo inigualable para las economías domésticas, el cual yo transmito de manera literal para bien de los que quieren aplicar la receta: “Mira –dijo. Los calcetines medio rotos, sin remedio, bien limpiecitos, los retacas con las tejitas de los jabones del baño, esas que siempre sobran y ya no pueden usarse. Entonces te restriegas tu lindo cuerpecito con el calcetín y así se aprovechan tanto las tejitas de jabón fino como esos calcetines que el consumismo contemporáneo te obliga a tirar sólo con uno que otro hoyito...”

Ante esa prueba de sabiduría y de espíritu práctico y moder-

nizador de Elena me pregunté qué pensaría de mis acostones con Berta y Desideria pero, la verdad, me abstuve de tratarle el tema tan intempestivamente. Cada día se aprende algo nuevo. Pero Elenita huyó en cuanto le sugerí que nos bañaríamos juntos para que me enseñara a “restregar el calcetín en su lindo cuerpecito...”

Entre si son peras o son manzanas hoy por la mañana me metí a la regadera y puse en práctica la fórmula helénica. Metí el jabón –todavía no tengo tejitas que utilizar– en el calcetín y me limpié mi estructura muscular hasta decir basta. Vi que funcionaba a las mil maravillas. Y el descubrimiento hasta me puso de buen humor. Antes de irme a desayunar, puse en mi *Diario* un lindo dibujo-retrato de mi instrumento y escribí el siguiente letrero: esto, en vivo, para la que ande husmeando el presente texto... no se asuste. Está lavado, restregado a morir con un calcetín bien limpiecito que a su vez deja todas las partes del cuerpo limpiecitas.

Pero después, durante todo el día, tuve que hacer unos esfuerzos sobrehumanos para no caer en la tentación de estar pensando en esta bella, abúrnea, sistemática mujer que se metió en mi cuarto... para nada. Es decir, para enseñarme cómo ahorrarse hasta las tejitas de jabón que todo el mundo manda al carajo y desperdicia. Durante la clase de sociología me descubrí pensando en las piernas de Elenita y en sus dos abultadísimos senos; también recordé el tono de su voz y su actitud de no rompo un plato. Es evidente que sentí cosquilleos allí “dónde tú sabes” y que no ponía mucha atención en las explicaciones del profe. Con todo, la dictadora imagen de Elena al fin desapareció cuando me topé con Berta. En la escuela, Berta es muy, muy seria y jamás alude a nuestras convivencias. Sólo me sonríe con los ojos y hasta parece que describe con la mirada las buenas sobadotas de cuerpo entero que nos damos... Con Desideria, naturalmente, y sin calcetines.

Al mediodía, insisto, me sentí cansado de estar obsesionado con tantos cuerpos, miradas, actitudes y manoseos de viejas, así que me puse a repetir algunos teoremas, con el instinto matemático a flor de piel pero con la convicción profunda de que el ser humano –varón para ser exacto– tiene la obligación de hacer en esta vida algunas cosas distintas a tener satisfechas y a sentirse satisfecho con todas las mujeres que aparecen en su vida.

Al principio de mis juegos mentales, Berta no agarró la onda; fue hasta después de un paseo por el jardín de la escuela que se convenció de que yo había caído en uno más de mis estados de concentración, actitud asaz silenciosa que ella califica de “abstracta” a secas. (Gajes del oficio y el vocabulario.)

Sin embargo, estuve a punto de arrepentirme de tanta concentración porque otra vez caí en ese tipo de sensaciones inhóspitas, graves, esdrújulas y cabronas que acaban por asustarme: sucede de vez en cuando, sobre todo en esos instantes en que elucubro acerca de cómo carajos prepara un actor sus estados de ánimo para, digamos, volverse otra persona. Cómo alcanza a ser la figura que debe hacerle creer al público que realmente es. Parece idiota la imagen pero a mí me trae de un ala. Sencillamente a veces no me deja dormir. ¿Para qué engañar al público con un yo, con alguien que se encuentra dentro de nosotros, muy en el fondo, fuera, tal vez, de la conciencia,



si ya de por sí uno es lo suficientemente impresionante? Bueno, me refiero a cualquier integrante de nuestra apóstosa especie, cualquier ser humano. Todos traemos la música por dentro. No nos medimos. Cada uno de nosotros es, no un mundo sino una galaxia entera. Me fascina pensar que en el escenario uno puede, de cuerpo entero y presente, ofrecérselo a los espectadores bajo una piel distinta, portando una magnífica máscara, pero transformado hasta la médula, de tal manera que aquellos que depositan sus humildes e ingenuos ojos sobre la humanidad de uno, no tienen otro remedio que estar viendo y oyendo a una persona distinta. Precisamente al personaje, al personaje en turno.

A veces he tratado de explicárselo a Berta, quien resulta la más prudente y atenta de mis mujeres pero ella misma parece irse por otro lado, una onda diferente al rumbo de mis reflexiones. Hoy mismo intenté hacerla entrar en mis razonamientos, pero se limitó a pelar sus hermosos ojos verdes y a guardar un respetuoso silencio que en realidad indicaba que estoy muy cerca de la locura o de la idiotez.

Ya en mi casa, en mi cuarto, antes de comer, juré solemnemente que en otra ocasión obligaría a mis pensamientos a converger en este tema porque -siento- me va la vida en entender qué busco y qué prefiero en el mundo del espectáculo: convertirme en un actorcillo medio carita, lleno de la pendejez de las circunstancias sociales e históricas, o convertirme en el papucho de los actores, en el mejor de todos, aquel que resulta capaz de hacer que el público deje los asientos mojados de tanta sorpresa e intensidad. En fin... me concedo el derecho de escoger mi propia vida, no obstante esta bola de viejas marrulleras que darían el corazón y todo lo demás por mantenerme bajo su yugo, personal o colectivo.

Los últimos dos días, los dispositivos de Elena volvieron a hacer acto de presencia en mi cuarto, pero en estas dos ocasiones un servidor se mantuvo a la expectativa de pasar a maniobras mucho más fructíferas que las anteriores. Antier por la tarde se le ocurrió abrir la puerta de mi recámara para ver cómo andaba su "cachorrito de bronce" (ese soy yo, según ella porque soy adorable y morenazo); penetró cuando me hallaba frente al espejo haciendo mis ejercicios de muecas, con la vista clavada en mí mismo, frunciendo la boca y arrugando la frente, la nariz y todo lo arrugable que podemos poseer en el rostro. La muy astuta no se dio por enterada, aunque estoy seguro de que en estos momentos todavía se pregunta qué puede estar haciendo un flaco como yo frente al espejo... Me preguntó acerca de mis cursos en la escuela y fingió demencia cuando le platicué del arribo, a mi vida, de una nueva Dulcinea, cuyo nombre no quise confiarle. Pero le describí la dulzura de su rostro y de su carácter, así como la notable finura de sus lindas protuberancias anteriores y posteriores. (Naturalmente le describía a Desideria, a quien ella no conoce.) Le confesé que durante los siguientes días estaría dedicado a organizar baterías primordiales sobre la suculenta niña y Elena creyó conveniente chotearme un poco. Que si me creía el galán, que si tenía tanto éxito como para considerarme "superior", que si no me engolosinaba con tanta vieja. Como no le paró allí sino que siguió hacia adelante poniéndose prrrronda, yo le saqué mi teoría de las determinaciones. ¿Qué es

eso? me preguntó. le expliqué que vivíamos en un país que fincaba sus actitudes culturales en la doctrina de los perdedores. Siempre perdemos los mexicanos: frente al destino, los invasores, el amor, la muerte, la organización, el capitalismo y... los mexicanos. Es una actitud clasemediera, le dije. Pero mi reacción personal al respecto –añadí orgullosamente– consiste en preguntarme a mí mismo qué prefiero ante las dos alternativas fundamentales, qué prefiero que me ocurra en cada situación: si lo que le sucedió a Tarzán o aquello que le hicieron al niño de la naranja. En las explicaciones metí el asunto de la modernización: para ponernos a tiro con lo que se hace en el mundo, tenemos los mexicanos que erradicar de nuestras mentes y cuerpos la culpa ancestral que nos dejaron conquistadores y conquistados. Nada de lagrimitas. Como que los únicos vencedores en la historia del país han sido don Benito Juárez y el tata Lázaro Cárdenas. Los demás terminaron mal: en imagen o en cuerpo presente. A todos acabaron por darles en la madre. Ya está bueno. Hay que quitar de todas partes esta idea del destino propio. ¿Por qué no hemos de ser chingones, los mejores, realizadores fluidos y exactos en el amor, la política, la empresa, el concierto de los jamones y de las naciones? Insistió Elena en que le hablara sobre las diferencias de ambas alternativas, la de Tarzán y la del niño de la naranja, pero yo me negué rotundamente y la dejé en un cabroncísimo *suspense* que la obligó a regresar ayer, ya tardezón, casi de noche... Sigilosamente abrió la puerta de mi recámara. Yo estaba sentado sobre la cama recitando en voz alta *Los amorous* de Jaime Sabines (procuró leer en voz alta una hora diaria, tal como me lo recomendó un profesor de literatura, y así mato dos pájaros de un tiro: mejoro mi dicción y asimilo buena sintaxis). Pues bien, la Elenona mi hizo callar y me pidió melosamente que le explicara lo que le había sucedido a Tarzán y lo que, por su parte, le habían hecho al niño de la naranja. Yo todavía me resistí: no, porque te vas a reír y vas a creer que son vaciladas, cuando todo va en serio: yo lo pienso en cada situación y me acojo a mis decisiones: o me va como a Tarzán o como al niño de la naranja. Estás loco, espetó frente a mí. Ni tanto, espeté frente a ella. Casi nos olíamos los respectivos alientos. Bueno pero me das un beso. Está bien. Pero qué le pasó a Tarzán y qué al niño de la naranja. A Tarzán –sentencié– se lo llevó la changada; y al niño de la naranja se la pelaron. Luego no quería darme el beso, la muy canija pero se lo “arreaté” no con pocos estrujamientos cuerpo a cuerpo. Al final, antes de que saliera de estampida, le hice prometerme que jamás revelaría las bases de mi personal, pragmática, funcional filosofía; las dos alternativas posibles.

Hoy estuvo más amable que de costumbre mi hermanita Margarita. Ni siquiera se ofendió cuando le pregunté si conocía a Lola Meraz. Siguió seria, caminó de frente y se perdió en el interior de su recámara sin chistar, sin emitir quejido o lo que sea. Será que anda de regla o que entendió el albur y quería reírse a solas. También aproveché el viaje y le confesé a mí amá que quiero ser actor. Resulta que me pidió que la acompañara a Perisur. “Sandrita de mi alma –me quejé. Siempre que vamos acabas por invitarme a tomar un helado de yugur porque es para lo único que te alcanza.” Qué importa, espetó. Estaba fresca, guapa y francamente olorosa a

Rosas del estío. Y como vi que tenía razón pura, porque, total, los helados de yugur no son tan malos pues nos fuimos. Además me gusta manejar el vochito. Ibamos muy campantes cuando se lo dije y al principio no sabía de qué le hablaba. Actor, actor, repetí. No quiero ser nada en esta vida sino actor. De cine, radio, teatro y televisión. Me dijo que estaba loco y encendió el radio. Pero yo le bajé al sonido y en serio, Sandra, aunque te parezca extraño o jalado yo no quiero estudiar cualquier carrera. Quiero ser actor y –enronqueciendo– ojalá puedas comprenderlo. Sandra apagó el radio y se me quedó viendo. Me miró de arriba a abajo (perfil, naturalmente y sentadito...) y entonces se rió y me dijo estás loco. Me deslizó, con palabras lisonjeras, que tuviera cuidado. Podía yo ser un buen deportista y estudiar administración de empresas. Ella –Sandra bella– sólo podría mantenerme hasta que tuviera una edad razonable. La gente va y viene, dijo. Tú sabes hacer muchas cosas y ese es tu problema como chavo. Eres ágil, sincerote, tienes pegue con las mujeres, todo el mundo te quiere. Eres práctico y escribes bien. ¿Para qué estudiar algo tan alejado de tus aptitudes? Sandra me miró fijamente y después bajó la vista y se miró el escote. Acabó por decirme que teníamos –ambos– que preocuparnos por mi hermana. Su voz se hizo medio ronca. Nunca la había visto tan sacada de onda y por lo que percibí en el fondo de su alma llegué al entendimiento de que jamás la querría más que en ese momento. Me dije como si le dijera a ella: “Loco, loco pero ya verás...”

Me gustó más Sandra por la noche. Se acercó sigilosamente hasta mi cuarto, sin hacer ruido para que Margarita no supiera que quería hablar conmigo, completamente a solas, y me apapachó. Yo permanecí acostadote en la cama, haciéndome el ofendido, el incomprendido, y Sandra se sentó a mi vera. Me dijo que estaba yo todavía muy chavito para andar pensando en esas cosas, toda vez que hasta no terminar la preparatoria debe uno preocuparse por “la carrera”. Si dentro de dos años insisto en la idea de volverme actor pues... ya veremos. Añadió que no veía el porqué de mi tango pues nadie en la casa me estaba impidiendo ser quien quisiera ser. Cuando se fue –después de darme un besito perfecto en la frente– tuve que llegar a la conclusión de que Sandra estaba inusitadamente propia y prudente. Es más: acertada, porque –que yo recordara– ninguna de mis viejas se oponía a nada de lo que yo quería hacer. Saqué el *Diario* y me puse a escribir. No cabe duda de que mis elucubraciones me permitieron dormir como un bendito: diez horas de un jalón. Pero no cabe duda, tampoco, de que me estaba yo inventando un infiernito causado por mi vocación incomprendida para ¡no pensar en cómo desarrollar mi talento de actor! En lugar de andar haciendo tanguitos, obviamente –como dijo el presidente– debiera andar planeando mi desenvolvimiento vocacional. Y que a nadie más se culpe de mi posible fracaso... en caso de ocurrir...

Mañana me alejo de tanta vieja, me inscribo en las clases de actuación de la Prepa, me meto a los meneitos de los de danza e indago dónde se puede vocalizar. A lo mejor necesito enfundarme en las mallas de los bailarines, leer en voz alta, meterme en una puesta en escena. No puedo andar perdiendo el tiempo. Si me dieran a escoger, preferiría ser el niño de la naranja. Tarzán ya no tiene tanto prestigio como antes... ◇